

IMÁGENES Y PALABRAS PARA UN TIEMPO DE RECOGIMIENTO. José A°. Alonso

Como vienen días de recogimiento y de poco contacto social, sacaré del cajón algunas de mis pinturas y poemas, por si os apetece verlos y leerlos...Este primero es una rosa que me ayudó a pintar otra "Rosa", Rosa Maín, que nos dejó hace unos días.

Sirva el óleo y el poema como mi homenaje y reconocimiento a su buen hacer como profesora de pintura en "La Cotilla" y a su gran valía como persona...

La rosa la pinté en 2015, el poema tiene muchos más años. Seguramente será de 1980, más o menos:

DEL TEMPRANO VIAJE DE UNA ROSA A MADRID

Te he traído una rosa,
un corazón abierto
con el albo rocío
mojando aún
el rojo terciopelo
de sus pétalos.

La he cortado en mi huerto
esta mañana.

Debió nacer ayer,
mientras la primavera
extendía su manto
de lluvia y de colores.

Vino en el tren conmigo,
se asomó a la estación
y, aunque le daba miedo,
ha cruzado las calles
de este Madrid ruidoso
para decirte "buenos días",
con las tempranas gotas de rocío
todavía mojando
su frágil corazón de terciopelo.



Este óleo fue el primero que pinté con la ayuda de otro de mis maestros, Carlos Santiesteban, a cuya memoria también rindo tributo.

Yo acababa de apuntarme a sus clases, en 2006. Él solía dibujarnos con carboncillo alguno de sus temas en el lienzo y luego nos daba instrucciones para extender los colores con el pincel. Los motivos se repetían frecuentemente –paisajes de la Alcarria, jardines, atardeceres en la Sierra, composiciones románticas, florestas...-. Este cuadro es muy de su estilo y muchas pinceladas son suyas.

Estaba yo, entonces, retomando algunas artes como la pintura que tenía abandonada desde hacía años, también volví a retomar las actuaciones como cantautor. En aquel momento estaba trabajando en mi disco "EL PAÍS DE LOS LÍQUENES AZULES". Carlos me ayudó a pintar la portada.

El disco salió al mercado en el 2007 y de este modo el óleo va unido a la canción que da título al disco:

EL PAÍS DE LOS LÍQUENES AZULES (J.Aº. Alonso)

Cuando vayas a las tierras del norte,
al país de los líquenes azules,
llévate mi viejo corazón
y púsalo en las ventanas del aire.

Cuando entres en la tierra sagrada,
en la tierra que labraron los abuelos,
deja estas flores en la tumba de padre
y dile que tenemos fresco su recuerdo.

Cuando pases por las calles silentes
y te encuentres con la gente del pueblo,
diles que añoro sus manos y sus rostros,
diles que pronto volveré con ellos.

Cuando llegues al país de la ternura
y la infancia te llame desde dentro,
recuerda el uso de las viejas palabras,
el entrañable lenguaje de los gestos.



Cuando vayas al país de la pizarra
y los robles saluden tu regreso,
no tengas miedo, la tierra está contigo.

Todo lo que hay es aliado nuestro.

Si atardeciendo acabas la jornada
y regresas de la tierra del silencio,
córtame lirios, cantuesos y retamas,
no tardes mucho esperaré despierto.

Cuando vayas a las tierras del norte
al país de los líquenes azules,
llévate mi viejo corazón
y pósalo en las ventanas del aire.

Cuando vayas a la tierra quemada,
a la tierra devorada por el fuego,
replanta pinos, robles y sabinas
y evoca el nombre de los que se fueron.

Como decía, uno de los motivos preferidos de Santiesteban eran los paisajes de
Guadalajara, de la Alcarria, de la Sierra....
Así es que cuando estaba trabajando en mi CD "A la luz del Crepúsculo", este
motivo, que yo estaba pintando en su escuela, me vino como anillo al dedo.
La primera canción lleva por título "La
sirena de la mar":

Y en un atardecer,
cuando el viento mecía
los trigos en la sierra,
pensó que eran las olas de la mar,
jugando con su amiga marinera.



Seguimos con paisajes serranos... Había publicado, [Raúl Conde Suarez](#) una preciosa fotografía del Hayedo y me encantó. Así es que le pedí la imagen para pintarla al óleo, cosa que hice en la clase de Rosa, en "La Cotilla", con su guía maestra.

¡Ay mi serranía!

¡Ay mi corazón!

¡Ay mi dulce patria!

¡Ay mi hermosa flor!

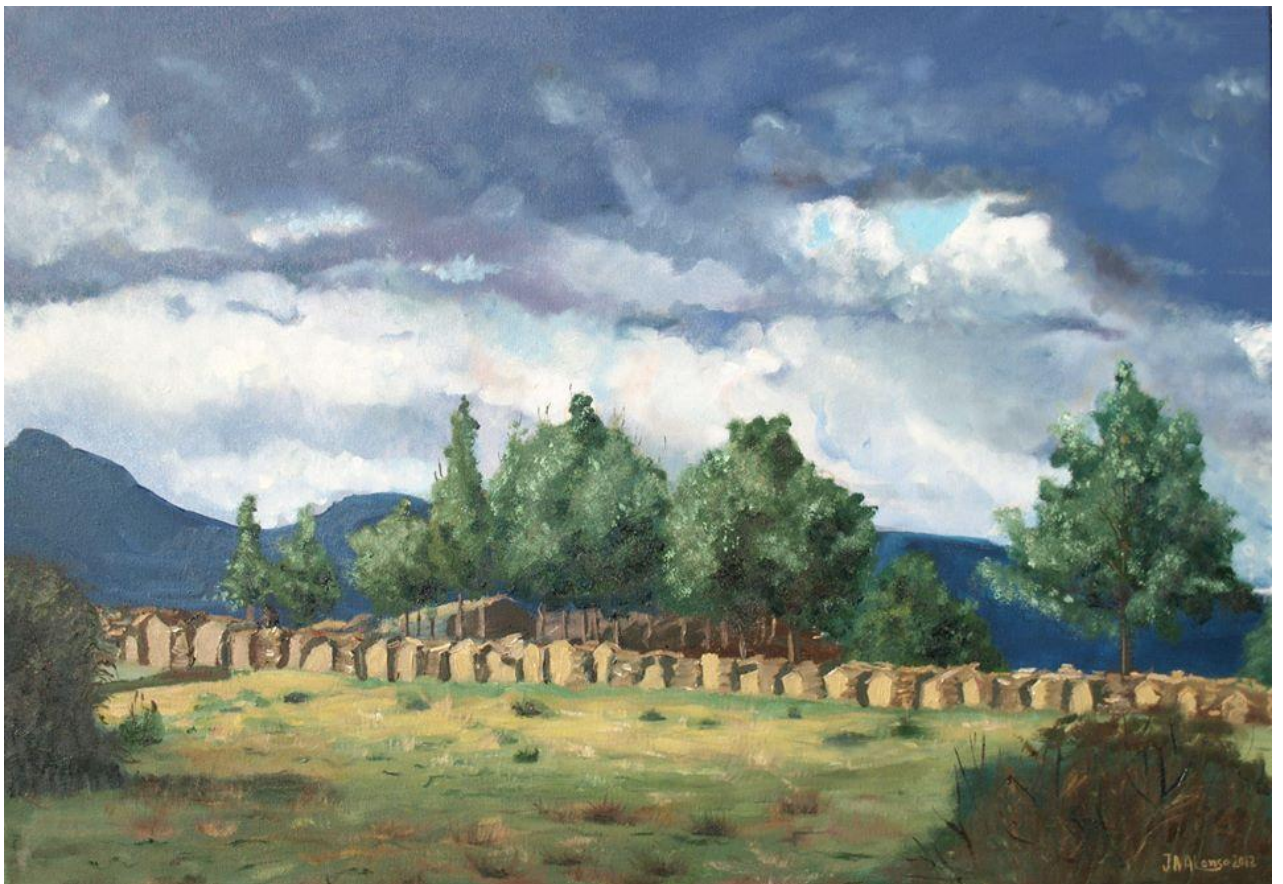
(De la canción: Madre tierra. José A. Alonso)



Con la llegada de la primavera, esta tierra nuestra se llena de flores y colorido, pero también de días grises en que el cielo estalla antes de dejarnos la lluvia que todo lo empapa y que va formando hilillos de agua primero, raiguerillas, charcos, arroyos. Los momentos de tormenta tienen un encanto especial en la Sierra. ¡Cuántas veces los he buscado para disfrutarlos, fotografiarlos, pintarlos...!:

Ando tus caminos,
recorro tus sendas;
soledad cobijas,
silencios te pueblan.

Tierra agradecida,
tierra de buen sol,
tierra desolada
por la emigración. (De mi canción "Tierra de Silencio")



Como veis, cada cuadro lleva una historia detrás. Muchos de ellos tienen que ver con la amistad y, de hecho, están colgados en casa de algún amigo. Éste se fue para la casa de Virgi y Simón. Una casa acogedora y siempre abierta para los amigos. En una de las muchas salidas que nos montamos, acabamos en Copernal, donde Javier Simón tiene raíces. Debió llover mucho unos días antes, porque recuerdo que, en alguna parte del paseo campero, se habían acumulado ramas, lodo y hojarasca con el arrastre. Pero se quedó una de esas tardes limpias, claras y sosegadas inolvidables. A la salida del pueblo, me encontré con esta preciosa estampa, con el Ocejón de fondo. "Miel sobre hojuelas" que hubiera dicho otro de mis buenos amigos, Javier también y Borobia de apellido...



Pues nada, seguimos con tormentas de primavera... Andaba yo, solitario por la zona de Zarzuela, disfrutando de la tarde apacible y veo que el cielo se pone plomizo y unos nubarrones de un gris azulado, casi negro, empiezan a cubrirlo todo. En media hora cayo todo el agua del mundo y no encontraba donde guarecerme. Encontré un mediano refugio en una "hincadera" de esas de los vallados de la zona que tienen algo de cubierta. Al rato volvió la luz y con ella la claridad sobre el terruño y el sosiego a mi corazón. Todo yo era agua.



La primavera es lo que tiene: lo mismo te trae un día de tormenta que te regala un día limpio, sereno e inolvidable. En esos días, claros, la luz ilumina los caminos, las arboledas y las flores. La vida es un regalo para los sentidos y te encuentras con hermosos paisajes, rincones, detalles para disfrutar y compartir.

Este es un almendro que sigue floreciendo puntualmente, todas las primaveras, en La Campiña, pero hay cientos, miles de ellos, miles de regalos para la vista, que están esperando el paso de los caminantes. Quédate en casa, ahora. Pero no olvides que la vida sigue y que tenemos que cuidarnos, unos a otros, para seguir recibiendo, en cuanto sea posible, el regalo de la primavera.



Ya han caído las flores de los almendros y se asoman las primeras lilas. Enseguida llenarán el aire con su intenso aroma. Luego vendrán las rosas y las incomparables magnolias. Como nos pilla encerrados, este año vamos a tener un poco más difícil disfrutar tanta belleza. Aunque ya sabéis que en la Sierra todo va con unas

semanas de retraso. Con un poco de suerte...En fin, por si acaso, ahí va un adelanto



primaveral. Salud.

Ha amanecido lluvioso. Anoche me negaba a dormir, embelesado con el chapoteo de las gotas de lluvia sobre el tejado, disfrutando del abandono del alma ante un detalle tan monótono, insignificante y cotidiano. Es el encanto de las pequeñas cosas que nos hacen degustar la vida. En estos días de calma y silencio, uno vuelve la vista a los pequeños placeres que, en la vorágine del día a día, nos pasan desapercibidos. Y sin embargo, esos detalles nos mantienen vivos, en paz y armonía con nosotros y con los demás. Este óleo lo pinté directamente del natural. Un tiesto de mi terraza, una maceta con

una planta que, de un día para otro, reventó en un estallido de belleza. "La belleza", que tantas veces hemos escuchado cantar a Aute. ¡Hasta siempre, Luis Eduardo!



Han vuelto a salir las lilas.

Otras veces, a estas alturas de la primavera, ya se presentían, se ven venir. Hay nervios en la espera, cuando los cielos de abril se vuelven grises, unos días, descarga el agua y amanecen días radiantes de sol al poco tiempo, en una acelerada secuencia de tiempos y paisajes.

En estos días atípicos y dolorosos del encierro, con la gente recluida en casa y pendiente del teléfono, la naturaleza sigue su marcha. Ajeno el campo al dolor, a las soledades y al silencio, crece la hierba, nacen las flores y la tierra vuelve a parir su parto de colores diversos.

Y las lilas han vuelto a salir. Están ahí blancas, moradas, como copos apretados de flores, con su aroma intenso, inconfundible, embriagador.

¡Qué no daría yo por cortar unos buenos ramos y llevarlos a los que trabajan en los hospitales, en las residencias de ancianos, sin un respiro, dejándose la vida por los otros!

Lilas, ramos de lilas para los que intentan que la vida prosiga, para los que trabajan porque esto no sea un caos, para los consiguen que no falten alimento en las mesas, luz en las casas, internet en los móviles...Para los que siembran la esperanza, para los que forjan el futuro. Ramos de lilas para los abuelos que sufren el dolor, la soledad y el silencio, para nuestros mayores que plantaron las lilas de los huertos.



Yo sé que esto es poca cosa, poesía tan solo, y que lo que hacen falta, en estos días, son brazos que trabajen, gente para arrimar el hombro y levantar los muros caídos, las empresas, las granjas, los cultivos...Pero en esta tarde no puedo hacer gran cosa desde aquí. Y, rebuscando en mis cuadros he encontrado estas lilas y he querido traerlas a este rincón virtual de la luz, el color y la palabra.

Por estas latitudes, las lilas urbanas se van secando o perdiendo, poco a poco su tersura. Aunque, por muchos pueblos de la Alcarria profunda, todavía se yerguen frescas, luciendo todo su esplendor. Recuerdo las noches alegres del 30 de abril, cantando mayos en Huetos y Ruguilla y las lilas ornando las ventanas, los patios de las casas. Ahora estarán empezando a brotar las lilas en la Sierra y, en unos días, se asomarán coquetas sobre las tapias de pizarra para llenar de aroma los caminos. Este año, algunos huertos se han quedado huérfanos y la maleza será el testigo de la ausencia. Pero las lilas reclamarán las manos que las cuiden, en los rincones del cercado, allí junto al viejo rosal de los abuelos, dibujando su estampa colorida sobre el fondo verdoso de los prados y el azul diluido de los montes.



Poco a poco se va produciendo el reencuentro con los otros, con los seres queridos. Con precaución, casi con sigilo, guardando las distancias. Es como si un ángel hubiera pasado una veladura de silencio sobre la vida, sobre los edificios y las calles, en las tiendas, en los portales, en los jardines.



Algunos mayores ya no están y tenemos que cuidar de los que nos quedan. Son frágiles. Todos somos un poco más frágiles y hemos tenido tiempo

de sobra para meditar sobre la fugacidad de la vida y el paso de los años.

Ayer amaneció un día soleado y volví a pisar la tierra de verdad. Fue mi reencuentro con el campo virgen, ese que no tiene fronteras, el de los caminos y veredas, el que limita con el horizonte, con las montañas azules, pardas, grises.

El sol iluminaba los trigales fecundos. Y en todas partes... flores. No recordaba tantas flores hermosas. O tal vez el ruido y la prisa no me dejaban paladearlas, verlas así tan claras, tan radiantes, tan bellas. Había flores malvas y moradas, anaranjadas, gualdas, pequeñas flores blancas alfombrándolo todo.

Y amapolas...cientos, miles de amapolas por todas partes, salpicando los bordes del camino, alegrando los campos cereales en esta límpida primavera castellana. Hay

amapolas de un rojo bermellón, casi naranjas al contraluz del sol; carmesíes, carmines y, entre los ababoles, los capullos cerrados van aclarando sus colores a medida que crecen y se abren.

Hay ángeles siniestros que pueblan estos días, con su reino de sombras en estos tiempos difíciles de dolor y de ausencia. Pero las lamias, las mujeres del agua, las moras de las fuentes y los ángeles buenos de san Isidro han hecho su trabajo y el campo está radiante de luces y colores.